

A ningún sitio

Comedia en un acto

Antonio Ruiz Negre

PERSONAJES

ELLA, 25 años.

ERNESTO, 28 años.

VOZ DE HOMBRE.

VOZ DE MUJER.

Descripción de escena

La acción transcurre en el saloncito de un piso de soltero en época actual.

Pocos muebles y mucho desorden, a pesar de lo cual se intentará que la estancia presente un aspecto agradable y juvenil. Dos carteles con motivos modernos colocados en lugar estratégico, colaborarán a que lo parezca.

El foro está ocupado por un sofá-cama sobre el que se ven diversos cojines de variado colorido, un minimueble repleto de cosas y una silla. En el lateral izquierdo, una entrada en primer término y entre ella y el foro, un televisor sobre mesita apropiada encarado hacia la derecha. En este lateral, un sillón cómodo en primer término, con escabel al pie y lámpara detrás, dando frente al televisor. Una salida en segundo término.

Los términos derecha e izquierda vistos desde la platea.

Escena única

Al levantarse el telón, ERNESTO sentado cómodamente en el sillón y con los pies sobre el escabel, lee atentamente un libro. Viste pantalón vaquero o similar, zapatillas de deporte y suéter amplio. El televisor, al que no hace ningún caso, estará funcionando en cualquier canal a medio volumen.

Suena el timbre del teléfono.

ERNESTO.- (Con gesto de fastidio.) ¡Vaya, hombre!, ¡quién será el pesado al que se le ocurre llamar a estas horas!

(Duda si atenderlo o no, y viendo que continúa sonando se levantará pesadamente dirigiéndose al sofá.)

¡No entiendo cómo a la gente le gusta tanto molestar!

(Busca el teléfono que estará escondido por algún cojín, hasta encontrarlo bajo el tercero que levanta.)

**(Descuelga y responde sin demasiado entusiasmo.)
¡Dígame!...**

(El sonido llegará a escena por medio de algún altavoz colocado estratégicamente, y con un tono similar al recibido vía telefónica.)

VOZ.- ¿Ernesto? Soy Carlos.

ERNESTO.- ¡Vaya, tú tenías que ser! ¿Qué te pasa, hombre?, ¿es que no puedes vivir sin oír mi voz?

VOZ.- Oye, ¿qué pasa ahí?

ERNESTO.- ¿Qué dices?...

VOZ.- Que qué pasa ahí con tanto ruido.

ERNESTO.- ¡Ah, espera! ¡Espera que apague la tele!

(Deja el aparato sobre el sofá, va al televisor y lo apaga. Vuelve, toma el teléfono y se sienta desenfadadamente.)

¡Dime, Carlos!...

VOZ.- ¿He interrumpido tu película?...

ERNESTO.- No, no estaba viendo el programa. Lo tengo en marcha porque el follón de la tele me ayuda a concentrarme en la lectura.

VOZ.- Tú tan original en todo. ¿Así que los anuncios de champú para el pelo te ayudan a leer?

ERNESTO.- Por supuesto, y también a dormir la siesta. De verdad, oye, sin ruido de tele no puedo dormirme. Natural ¿no? Creo que eso le sucede a todo el mundo.

VOZ.- ¡De eso nada, tío. A mí no!

ERNESTO.- ¿A ti no? Bueno, digo a todo el mundo "normal". **(Se ríe.)**

VOZ.- ¡Oye, tío gracioso, y a te demostraré lo que es un índice de normalidad objetiva!

ERNESTO.- Bien, dime ¿para qué me llamabas a esta hora tan intempestiva?

VOZ.- Para que vengas aquí ahora mismo, porque y a tengo la juerga organizada.

ERNESTO.- ¡Hombre! ¿ahora?...

VOZ.- Claro que ahora, cuando he conseguido convencer a las mozas estas. Y después de tanto tiempo insistiendo no les voy a decir que otra vez será ¿no?

ERNESTO.- **(Con marcado interés.)** Oye, pero qué dices, ¿es que has quedado con las dos?

VOZ.- ¡Exacto!

ERNESTO.- ¿Dónde y a qué hora?

VOZ.- En el "pub" de aquí bajo dentro de diez minutos.

ERNESTO.- ¡Jóder, pues podías haberme llamado antes!...

VOZ.- Déjate de lamentaciones y ven volando.

ERNESTO.- ¡Sí hombre, estoy sin afeitarse y sin vestirse!

VOZ.- (Con sorna.) ¿En pelota?

ERNESTO.- ¡En pelota no, capullo!... Bueno pues arreglalo como puedas para entretenerlas hasta que llegue, pero antes de media hora ni lo sueñes.

VOZ.- ¿Media hora? ¿Tú sabes cuántos "cubatas" son capaces de beberse éstas en media hora?... ¡Diez minutos y ni uno más!

ERNESTO.- Que no, hombre. Y cuanto más insistas más voy a tardar, así que cuelga y deja que me arregle.

VOZ.- Vale, date prisa, tortuga.

ERNESTO.- ¡Tu tía la del pueblo! Espérame. "Chao".

(Cuelga dejando el teléfono a la vista sobre el mueble.)

Mira por donde vamos a tener una velada con premio. Dos meses insistiendo a esas locas y que si quieres, y cuando menos te lo esperas llega el "plasta" de Carlos y las liga... ¡Está visto que la suerte no es para quien la busca!...

(Levantándose sin prisa.)

Pues vamos al asunto que puede resultar interesante.

(Marca el mutis a la izquierda y antes de llegar suena el timbre de la entrada.)

¡Qué oportuno! ¿Quién será?...

(Vuelve a sonar el timbre.)

¡No te digo yo, y encima con prisa!...

(Va al lateral derecha y hace mutis. Al momento se le

oirá conversar con una voz femenina. Todo el diálogo se celebrará dentro.)

ERNESTO.- ¿Qué deseaba?...

VOZ.- Perdone. Soy de la "Hermandad de la Luz Sublime" y quería mostrarle...

ERNESTO.- (Interrumpiéndola.) Mire, lo lamento, pero hoy no necesito comprar nada.

VOZ.- No vendemos nada, sólo queremos mostrarle el verdadero camino hacia la felicidad...

ERNESTO.- Es que no puedo atenderla ¿sabe?

VOZ.- Sólo será un minuto. Un minuto es suficiente para poder ver la Luz. Para aprender el Camino.

ERNESTO.- Mire joven. Tendré mucho gusto en charlar con usted cualquier otro día, pero ahora me están esperando y voy a hacer tarde, así que si es tan amable...

VOZ.- Es lástima que no pueda ser ahora... ¿Mañana tal vez?

ERNESTO.- Sí, mañana... ¡O mejor pasado mañana!

VOZ.- Pasado mañana. ¿A qué hora?

ERNESTO.- Pues no lo sé... Usted viene y si estoy... ya hablaremos.

VOZ.- ¿De verdad que haciendo un esfuerzo no podría dedicarme ahora un minuto?

ERNESTO.- De verdad que no, hoy no... Pasado mañana.

VOZ.- De acuerdo, gracias por la cita, y ya verá como no se arrepentirá de haber escuchado la Voz de la Luz Sublime.

ERNESTO.- Gracias, muchas gracias. Hasta pasado mañana.

VOZ.- ¡Adiós!, señor.

ERNESTO.- ¡Adiós!

(Cierra y aparece en el mutis.)

¡Y que no son pesadas las "tocaconciencias" éstas!... ¡Como les hagas el menor caso se te clavan dentro de casa y no hay quien las saque hasta que te han vendido el libro y te han comprometido otra cita!...

**(Cruza la escena y llega hasta la salida a la izquierda.
En ese momento suena el teléfono.)**

(Deteniéndose en seco.) ¡Coño! ¿A que es Carlos dándome prisa?

(Va al teléfono y lo atiende en pie.)

(Con mal humor.) ¡Qué pasa ahora!...

VOZ.- ¿Cómo dice?

ERNESTO.- ¿Qué?...

VOZ.- Soy la mamá de su vecina, ¿podría avisarla para que se ponga al teléfono un momento?

ERNESTO.- ¡Ah, no! Mire, creo que no está porque la oí salir hace un momento y todavía no ha vuelto.

VOZ.- ¿Y cómo sabe usted que no ha vuelto?, ¿es que ella cuando vuelve le avisa?

ERNESTO.- No señora, pero cuando vuelve oigo la puerta.

VOZ.- Pues a lo mejor volvió y usted no la ha oído.

ERNESTO.- (Medio para sí.) ¡Sí, con los portazos que da!...

VOZ.- ¿Cómo dice?...

ERNESTO.- No, nada, decía que seguro que no está.

VOZ.- Hombre, no sabía que le molestara tanto llamarla...

ERNESTO.- (Bastante molesto ya.) Oiga, no es por no llamarla, porque siempre que usted telefona la llamo ¿no?

VOZ.- Lo dice usted de un modo que es como si me lo echase en cara...

ERNESTO.- (Deteniéndose en seco.) ¡Vaya tela!

VOZ.- ... y no creo que le ocasione tantas molestias, al fin y al cabo si usted no tuviera teléfono y mi hija sí, puede estar seguro que ella no dudaría en avisarle.

ERNESTO.- Si no se lo estoy echando en cara, señora, ya sé que si yo no tuviera teléfono y ella sí, no habría inconveniente por su parte.

VOZ.- (Impertinente.) ¡Puede estar seguro, porque nosotras somos de las que tenemos a gala cumplir con las obligaciones vecinales!

ERNESTO.- No se lo discuto, pero...

VOZ.- Y no vaya a pensar que si llamamos es por molestar.

ERNESTO.- No, si yo...

VOZ.- Después de todo, algún favor le habrá hecho a usted mi hija.

ERNESTO.- (Aparte.) Pues en este momento no me acuerdo...

VOZ.- Y total, ahora no era tanto lo que le pedía.

ERNESTO.- (Decidido.) Mire, ahora he de salir, pero cuando me vaya le pasaré a su hija una nota por debajo de la puerta diciéndole que usted la llamó ¿vale?...

VOZ.- ¡Y que me llame lo más pronto que pueda!

ERNESTO.- No se preocupe que se lo diré.

VOZ.- A ver si se le va a olvidar el papelito...

ERNESTO.- (Casi sin dejarla terminar.) ¡Descuide!
¡Adiós! **(Cuelga exclamando fuerte.)** ¡A que todavía hago tarde con tanta visita y tanto teléfono!

(Hace mutis por el lateral izquierda. Al momento se oye el sonido de una maquina de afeitar. Diez segundos después cesa el zumbido, se abre y cierra un mueble y se oye un golpe importante que anuncia una caída en el interior.)

¡Me cago en la leche!... ¡Vaya un golpe que me he dado!
(Pausa breve.) ¡Pero qué caída más imbécil!...

**(Al momento entra en escena apretando una toalla
contra el parietal izquierdo. Como un tanto mareado
llega al sofá y se sienta.)**

¡Qué patinazo! ¿Quién me mandaría hacer poner un suelo
tan resbaladizo en el cuarto de baño?... **(Tentándose la
cabeza con cuidado.)** ¡Jóder, pues podía haberme matado!...
Está visto que con prisa no se llega a ningún sitio...

(Queda en silencio en tanto se recupera.)

**(En la entrada de la derecha aparecerá ELLA, que sin
trasponerla mirará a Ernesto en silencio. ELLA es una
mujer joven y atractiva. Viste alegre, moderna y
elegante a un tiempo. Lleva un bolso o cartera a juego
y alguna joya discreta. De aire desenvuelto, siempre se
mostrará natural en movimiento y diálogo.)**

ELLA.- (Al momento.) ¿Se le pasa?...

**ERNESTO.- (Sorprendido, medio se incorpora
mirándola.)** ¿Eh?... ¿Cómo ha entrado aquí?

ELLA.- La entrada estaba franca...

ERNESTO.- (Dudando.) Ya... Seguro que con las prisas
no cerré cuando se fue la de los libros...

ELLA.- Seguramente.

ERNESTO.- ¿Y usted quién es, qué hace aquí?

ELLA.- Pasaba... Y al oír el ruido ahí dentro entre a ver.

**ERNESTO.- (Tocándose con la toalla por última vez y
dejándola junto a sí en el sofá.)** Pues menos mal que estaba
la puerta abierta... porque si me llega a ocurrir algo serio, al
menos habrían podido socorrerme...

ELLA.- Son los peligros de vivir solo.

ERNESTO.- Sí, claro... Todo no van a ser ventajas.

(Mirándola interesado.) ¿Y usted... venía a ver a mi vecina? Pues no está, salió y a hace un rato y no la he oído regresar... Precisamente ha llamado su madre hace un momento, dejando el encargo de que la llame cuando vuelva... Dígaselo si la va a esperar y así me ahorrará escribirle una nota.

ELLA.- (A mitad de la frase de Ernesto habrá entrado sin prisa; y con naturalidad en tanto interpreta, irá recorriendo toda la estancia observando los objetos con interés.) ¿Iba usted a salir?...

ERNESTO.- Sí... Me esperaban.

ELLA.- (Mirándole sonriente.) ¿Ya no?...

ERNESTO.- (Dudando.) Sí, claro, quería decir que me están esperando... es que aún estoy algo aturdido por el golpe ¿sabe?

ELLA.- Se entiende. ¿Le ha dolido mucho?

ERNESTO.- ¡Psse! No es que haya sido muy doloroso, pero me ha dejado mareadísimo... Y menos mal que el borde de la bañera es romo porque si llego a darme con algún saliente...

ELLA.- (Como reprendiéndole y señalando.) Es que no de debe ir de insensato por la vida. ¿No sabe usted, que el mayor número de accidentes domésticos mortales se producen en el cuarto de baño?

ERNESTO.- Puede que sea así, pero a mí es la primera vez que me ocurre... y sólo ha sido un resbalón. Tendré que comprar una alfombrilla antideslizante para colocarla sobre el piso...

(Se levanta con una leve vacilación.)

ELLA.- ¿Sigue mareado?...

ERNESTO.- Un poco...

ELLA.- Será mejor que permanezca sentado ¿no?

ERNESTO.- Sí... Creo que será mejor.

(Va un tanto inseguro hasta el sillón y se sienta pesadamente.)

ELLA.- No es mala idea lo de la alfombrilla esa.

ERNESTO.- El caso es que cuando colocaron las baldosas pensé en comprarla, porque ya temía que pudiera resbalarme. ¡Hombre!, mucho anuncio caro en la tele por Navidad, y mucha propaganda de señora elegante anunciándolas, pero no hablan de lo inseguras que resultan.

ELLA.- Quizá no sea por las baldosas, sino por su calzado o un poco de agua en el piso... y si es así no debe culpar ni a las baldosas ni a la anunciante.

ERNESTO.- Es posible que tenga razón. **(Mirándola con curiosidad.)** ¿Nos conocemos?

ELLA.- ¿Quiere decir?...

ERNESTO.- Que si nos hemos visto antes. No sé, su presencia me resulta familiar... como si hubiésemos mantenido alguna conversación con anterioridad.

ELLA.- No esperaba que se acordara.

ERNESTO.- ¿Quiere decir que sí?

ELLA.- (Con aire desenfadado.) Así es; hace bastante tiempo.

ERNESTO.- ¡Ya decía yo! Soy buen fisonomista y es difícil que olvide una cara, aunque en este caso no acierte a recordar dónde fue...

ELLA.- (Señalándose la cabeza.) Tal vez por el golpe...

ERNESTO.- Eso debe ser. **(Pausa breve.)** ¿Cuál es su nombre?

ELLA.- ¿Es importante eso?

ERNESTO.- Mujer, siempre es conveniente saber con quién tratamos... Yo me llamo Ernesto; Ernesto Araujo.

ELLA.- (Sin mirarle.) Matías, Araujo Blasco.

ERNESTO.- (Sorprendido.) ¿Cómo?... ¡Oiga, quién le ha dicho!... ¡Ya, la vecina! ¿no?

ELLA.- ¿Le ha confiado a ella su verdadero nombre?

ERNESTO.- No, ahora que lo dice, creo que no... Pero habrá curioseado en el correo; eso debe ser.

ELLA.- (Como declamando una lección aprendida.) Matías Araujo Blasco, nacido en Segovia hace veintiocho años, siete meses y seis días. Es residente aquí desde hace doce, nueve meses y tres días...

ERNESTO.- (Como cayendo de pronto.) ¡Acabáramos! ¡Ahora lo entiendo! Usted es del grupo de funcionarias del Ayuntamiento, que está recorriendo el barrio tomando datos para el Censo, ¿no?

ELLA.- (Muy sonriente.) Digamos que tengo bastante que ver con el Censo.

ERNESTO.- Pues vaya un trabajito ese de subir y bajar escaleras todo el día, preguntando las mismas cosas y oyendo siempre las mismas respuestas... Le saldrán muchos "ligues" ¿no?

ELLA.- ¿Perdón?...

ERNESTO.- No. Era una tontería. Para que le salgan ligues no es necesario que suba usted escaleras... ¿Nos tuteamos?

ELLA.- ¿Por qué no? ¿Aún no recuerdas dónde nos conocimos?

ERNESTO.- (Esforzándose.) No sé... ¿No me vas a ayudar?

ELLA.- (Sentándose en un extremo del sofá.) Si quieres... ¿por qué no? Fue una tarde de domingo volviendo de una excursión a la nieve.

ERNESTO.- ¿En la Molina?

ELLA.- En efecto.

ERNESTO.- De eso debe hacer mucho tiempo.

ELLA.- Ya te lo dije.

ERNESTO.- Dame más detalles, por favor.

ELLA.- Había acabado de nevar... Bajabas en tu coche por una carretera muy estrecha... El firme era como una placa de hielo y el coche se fue de lado.

ERNESTO.- (Que se ha ido poniendo serio.) ¡Casi me maté!... Oye, ¿quién te ha contado aquel accidente?

ELLA.- ¿Accidente? Yo no lo llamaría así.

ERNESTO.- ¿No? ¿Cómo lo llamarías?

ELLA.- Imprudencia, temeridad; casi un suicidio.

(Ataja con un gesto la protesta de él.)

La carretera había sido cortada al tránsito una hora antes, y te lo habían advertido... Y además no te molestaste en ponerle las cadenas al coche. ¿Sigues llamando a eso "accidente"?

ERNESTO.- Bueno... Fue mala suerte; el coche resbaló de lado, hizo un trompo y perdí la dirección... Pero no fui yo el único que bajó aquella tarde...

ELLA.- Sí. Irresponsabilidad compartida. ¿Te consuela saber que no fuiste el único loco?

ERNESTO.- ¡Vaya, mujer! Gracias por el piropo.

(Pausa breve ante la sonrisa de ELLA.)

¡Tienes razón! He de reconocer que fui un imbécil y un imprudente. Pero en el pecado tuve la penitencia porque no me salió barata la broma... La reparación del coche costaba más que uno nuevo, y el seguro sólo pagó la mitad de gastos médicos por no sé qué cláusula de la póliza. Como siempre la letra pequeña de los seguros... Menos mal que me dieron facilidades para pagar.

ELLA.- ¿Aprendiste algo de todo aquello?

ERNESTO.- (Categórico.) ¡Sí! ¡Siempre llevo las malditas cadenas en el coche aunque viaje en verano! **(Se ríe.)**

ELLA.- (Siguiéndole el humor.) Pues si las hubieras utilizado hace un momento, no habrías resbalado ahí dentro.

ERNESTO.- (Aumentando la risa.) ¡Jo, tienes razón!...

(Volviendo a la normalidad.) Bien, continuemos con las pistas de nuestro encuentro anterior. Todos los detalles que has contado, sólo pudiste conocerlos habiendo estado cerca de donde ocurrieron los hechos.

(ELLA asiente sonriente.)

¡Ya está! ¡En el hospital! Fue allí donde nos vimos.

ELLA.- (Aplaudiendo.) ¡Premio para el caballero!

ERNESTO.- ¿Ves? ¡Yo jamás olvido una cara!

(Se levanta y avanza dos pasos hacia ELLA.)

Deberemos celebrarlo. ¿Te apetece una copa?...

ELLA.- No gracias. Ahora no... ¿Has olvidado que tenías previsto salir?

ERNESTO.- (Un tanto confuso.) Pues es verdad... Pero, me da la impresión de que ya no llegaría a tiempo... decididamente no voy a ir a esa cita, aunque sí haré una cosa.

ELLA.- ¿Y, es...?

ERNESTO.- Llamar a Carlos y decirle que no puedo ir, para que no me espere. De momento se pondrá como una fiera, pero ya se le pasará.

(Va al teléfono, descuelga aplicándose el auricular junto al oído y pulsará repetidamente la tecla del soporte.)

¿Qué pasa?... **(Repite.)** No corta el tono... **(Insiste.)** Nada. Las comunicaciones de este distrito están hechas una calamidad, y en tanto que en la telefonía no haya una verdadera oferta diversificada, creo que no tendremos solución...

(Cuelga, separándose del teléfono.)

Probaré más tarde a ver si ya ha desaparecido la avería.

(Va hasta el mueble y saca una botella y un vaso. Antes de escanciar mira a ELLA.)

¿De verdad no te apetece?

ELLA.- De verdad. Ahora no.

ERNESTO.- **(Desistiendo de servirse.)** El caso es que a mí tampoco me apetece tomar nada...

(Tapa la botella y la deja junto al vaso. Llega al sofá y se sienta un tanto alejado de ELLA.)

La vecina no me dijo cuándo volvería. Tal vez tarde bastante.

ELLA.- ¿Estás interesado por ella?

ERNESTO.- Qué va, en absoluto. Sinceramente dudo que la pobre chica resulte interesante para alguien, ¡es tan, "así"!... Por cierto, que ya es coincidencia que viniendo a verla a ella te hayas reencontrado conmigo. ¡Hay que ver las vueltas que da la vida!

ELLA.- No vine a verla a ella. No la conozco de nada.

ERNESTO.- ¿Entonces?... **(Como comprendiendo.)** ¡Ya! Tú has venido con la hermana esa de la luz no sé cómo que me quería colocar un libro.

(ELLA niega con la cabeza.)

Y al dejarme la puerta abierta pudiste oír el ruido de mi caída ahí dentro.

ELLA.- ¿Aún sientes algún dolor?

ERNESTO.- **(Pausa breve.)** No... casi nada... **(Se toca la cabeza con delicadeza.)** Es curioso, pero ya no me duele.

ELLA.- (Levantándose.) Bien, amigo Matías...

ERNESTO.- Por favor; Ernesto si no te importa. Matías sólo para el "denei" y similares.

ELLA.- Si lo prefieres... Ernesto.

(Paseará con naturalidad mientras interpreta.)

Ha llegado la hora de que empecemos a hablar de lo nuestro. ¿No te extraña que nos hayamos visto sólo en dos ocasiones, y que en las dos haya habido un accidente por medio?

ERNESTO.- Ahora que lo dices...

ELLA.- Aunque ni las circunstancias ni el desenlace son los mismos...

ERNESTO.- (Un tanto escamado.) Oye, ¿qué pretendes decirme?

ELLA.- En aquella ocasión te ayudaron a salir del problema. Primero el Agente de Tráfico que se esforzó reanimándote y que hasta te hizo el boca a boca.

ERNESTO.- ¡Desde aquel día me es simpática la Guardia Civil!

ELLA.- Y después, el equipo del hospital que se volcó profesionalmente contigo. No vayas a creer que siempre se pone tanto interés, ni se dispone de tantos medios para intentar salvar a alguien. Se puede decir que tuviste verdadera suerte... Lo de hoy ha sido distinto.

ERNESTO.- ¡Y tan distinto! Lo de hoy sólo ha sido un resbalón ahí dentro y un golpe sin importancia.

ELLA.- (Deteniéndose ante él.) ¿De verdad crees que no ha tenido importancia?

ERNESTO.- Mujer, importancia sí porque me hice daño "a tope", pero sin consecuencias.

ELLA.- Te equivocas.

ERNESTO.- ¡Oye, mona!, ¿te ha dicho alguien que tu "optimismo" es capaz de arrugar a cualquiera?

ELLA.- Me han dicho eso y muchas más cosas, pero te confiaré sinceramente que no me molestan los juicios ajenos.

ERNESTO.- (Trascendente.) Mira; sé que un golpe en la cabeza puede producir lesiones que tarden en manifestarse, pero este no debe ser mi caso porque se me ha pasado el dolor en sólo unos minutos... La verdad es que lo más aparatoso ha sido el ruido...

ELLA.- No deja de ser un juicio optimista por tu parte. Los golpes en la cabeza siempre son fatales.

ERNESTO.- ¡Hala!... ¡Pues no, éste no!

ELLA.- Insisto en que te equivocas. Te digo seriamente, que si no estuviera segura ya me habría marchado... En esta época tengo gran cantidad de trabajo y no puedo malgastar mi tiempo ejerciendo de "public relations". **(Trascendente.)** Si aún sigo aquí es porque he de esperar a que estés preparado para llevarte conmigo.

ERNESTO.- (Levantándose, con ligero tono de fastidio.) Mira. Me gusta la literatura y los libros de todo tipo. Leo la prensa diariamente. De la tele veo los informativos y algún programa de "la Dos", por lo que podrás comprender que soy hombre de ideas claras y regularmente informado. Conozco no sé cuántas versiones de fábulas en las que la muerte se presenta ante el moribundo para "llevárselo", ¿crees que con ese bagaje en mi haber estás en condiciones de poder tomarme el pelo? Te diré una cosa. **(Rotundo.)** Vivo solo porque me gusta "la intimidad". Aquí vienen contadísimas personas y "cuando yo las invito". ¿Estamos?

ELLA.- (Que ha ido hasta el sillón y se sienta. Conciliadora.) Ya te dije antes que no me molestaban los juicios ajenos, es más, me gusta la franqueza y la gente con ideas claras... Y tú las tienes. Por mi parte, te aseguro que sé disculpar observaciones "tan ácidas" como la que me acabas de hacer.

ERNESTO.- (Rectificando un tanto.) Bueno, perdóname, creo que me he pasado contigo... No he querido decir que me molestase tu visita, sino el tipo de broma que me había parecido que querías darme.

ELLA.- (Pausa breve.) Te niegas a aceptarlo ¿eh?

ERNESTO.- ¡Caray!, ¿y tú vas a insistir en el tema?...

ELLA.- (Extendiéndole la mano con naturalidad.) Ven. Toma mi mano.

ERNESTO.- (Reticente y divertido a un tiempo.) ¡No, si ya verás!...

(Llega hasta ELLA y con naturalidad le toma la mano. Inmediatamente la suelta.)

¡Coño, estás como el hielo!

ELLA.- ¡Tú aún estás caliente! Cuando tu temperatura se nivele con la mía, será el momento de marcharnos... Mientras eso llega, ¿por qué no te relajas y lo pasamos bien charlando amistosamente?

ERNESTO.- ¡Lo tuyo es de psiquiátrico, tía!...

(Con gesto condescendiente va hasta el foro y toma la silla, que llevará frente a ELLA, y usándola a horcajadas se sienta poniendo el mentón sobre los brazos cruzados.)

¡Vale!, ¡vamos a seguirte el juego! ¿Por dónde comenzamos?

ELLA.- (Divertida.) Por donde quieras.

ERNESTO.- ¡Venga, dime! ¿Dónde has dejado la guadaña?

ELLA.- No la he usado jamás.

ERNESTO.- Bien. ¿Cuándo has dejado el régimen?

ELLA.- ¿Cómo?... Eso no lo he entendido.

ERNESTO.- El régimen alimenticio... porque ya no estás, "en los huesos".

ELLA.- (Se ríe sinceramente.) ¿Ves? Eso tiene gracia. Has estado bien. Te aclararé una cosa.

ERNESTO.- ¡Menos mal!

ELLA.- Yo no existo físicamente, por lo que no puedo tener una apariencia determinada. A alguien, que por cierto no me había visto, le pareció bien divulgar mi figura con una forma bastante desafortunada creando un personaje absurdo

y artísticamente quebrantado; desde aquel momento la pesadilla compuesta por un esqueleto con túnica y guadaña, ha sido la imagen más divulgada de mí... Y eso ha contribuido, en más de lo que parece, a que a la gente le repugnase hasta el hecho de nombrarme.

ERNESTO.- (Divertido.) Es razonable esa exposición. Si el famoso dibujante anónimo te hubiera pintado como eres, ¿sabes en vez de miedo qué inspirarías?...

ELLA.- ¿Sí?...

ERNESTO.- Deseo. Apetito sexual.

ELLA.- (Pausa breve.) Esa observación en ti significa una galantería.

ERNESTO.- No lo tomes por lo teórico. Soy de los que suelen pasar a la práctica a poco que me den alguna facilidad.

ELLA.- Ya te he dicho que físicamente...

ERNESTO.- (Rápido.) No existes. Ya lo sé.

ELLA.- Por lo que tampoco soy como tú me estás viendo. Cada persona me ve de un modo distinto, y siempre respondiendo a un modelo acorde con la sociedad que trata cotidianamente.

ERNESTO.- Sigue habiendo lógica en tu planteamiento. Y eso me agrada. ¿Sabes que hace tiempo deseaba encontrar una chica con la que poder hablar de algo más que de cine y discotecas?

ELLA.- No haces mucho favor a tus amigas con tal comentario.

ERNESTO.- No estoy diciendo que todas sean cerebralmente estrechas, incluso es cierto que algunas de ellas hasta piensan.

ELLA.- ¡Hala!

ERNESTO.- Lo que pasa es que para ellas lo que priva es lo intrascendente, y uno termina aburriéndose de tanta lista de éxitos y tanta puñeta de películas. Tampoco voy a decir que prefiera a una catedrática sesuda. ¿Sería demasiado soso, no?

ELLA.- No eres justo. Ni la mujer es ajena a la inteligencia ni los hombres sois tan trascendentes como dices. Los hay

que no sólo conocen todas las listas de éxitos sino que hasta las tararean, y si es por cultura... ¿cuántos de tus amigos podrían nombrar sin equivocarse todos los países de la Unión Europea?

ERNESTO.- Ahora que lo dices, a lo mejor hasta yo fallaba alguno...

ELLA.- ¿Lo ves?

ERNESTO.- Pero sería una falta leve. Vanessa, una de las amigas de Carlos, me confiaba hace poco que ella leía mucho a Beethoven, y que le gustaba más Ortega que Gasset.

ELLA.- (Riéndose.) ¡Calla hombre, eso te lo acabas de inventar!

ERNESTO.- Es verdad, pero no creas que su intelecto va mucho más allá. Eso sí... ¡Está buenísima!

ELLA.- ¿Y eso te molesta?

ERNESTO.- No, no, qué va. Al contrario, me agrada.

ELLA.- Pues a lo mejor, agradarte es lo único que a ella le interesa y se calla lo cultural.

ERNESTO.- No sé, no sé, porque en otra ocasión, y esto es cierto, pusieron en promoción a la venta una edición popular del *Quijote*, y preguntó a la dependienta si firmaba ejemplares el autor.

ELLA.- ¡Tampoco lo creo! Se puede ser imbécil pero no tanto.

ERNESTO.- Hoy no es necesario esforzarse para serlo. Es suficiente con ver bastante la tele, consumir revistas del corazón, y tomar copas en "pubs" de moda. Un cursillo acelerado en esas materias y a poco que se aplique, saca plaza en propiedad de "chica tele-cupón".

ELLA.- No te quitaré la razón aunque no la tengas toda. Estoy segura de que muchas de esas chicas objeto, se hacen las imbéciles para dar mejor la imagen. Que todo es "una pose" perfectamente estudiada porque no tienen otro trabajo.

ERNESTO.- Las que trabajan mostrándose al público no digo que no, pero a las que lo hacen sin necesidad, como Vanessa, por lo único que se les perdona es por lo buenas que están.

ELLA.- ¡Cómo eres! ¿eh?

ERNESTO.- ¡Por cierto! (**Señalando.**) ¿Te he dicho ya que ese sofá se convierte en cama?

ELLA.- (**Levantándose con naturalidad.**) ¡Muchacho... lo tuyo es obsesivo!

(**Sin prisa se dirige al lateral izquierda y hace mutis por él. ERNESTO que la ha seguido con la mirada, sonriente, cuando ELLA desaparece se levanta, y sin perder el gesto divertido llega junto al teléfono repitiendo la acción anterior. Descuelga escuchando el auricular y pulsa varias veces la tecla.**)

ERNESTO.- Esto sigue igual. (**Insiste.**) Nada...

ELLA.- (**Regresando. Desde el mutis.**) ¿Aún no?...

ERNESTO.- (**Cuelga negando y se vuelve.**) El caso es que dentro de un momento, aun sin arreglarse la línea, van a llegar hasta aquí las maldiciones de Carlos.

ELLA.- ¿Y eso?

ERNESTO.- Cuando se vea solo con las dos "cholbas", que es como quedarse sin ninguna.

ELLA.- Puede que se le ocurra visitarte...

ERNESTO.- No creo, la última vez que Carlos vino le dejé muy clara mi idea referente a las visitas.

ELLA.- ¿No te resulta agradable?

ERNESTO.- ¿Carlos? Sí, es un buen chico, pero tiene un concepto de la diversión que difiere bastante del mío.

ELLA.- ¿Cómo es el suyo?

ERNESTO.- No voy a decir que él sea una rareza ni que yo sea perfecto... cada uno tiene sus cosas. Pero él es de los que todo lo han tenido muy fácil, gracias a una familia que no le ha escatimado nunca el dinero. Ha pasado por tres empleos que le buscó su padre, porque "no se encuentra a gusto en ninguno". Y como se aburre sin hacer nada se dedica a enrollarse a todas horas.

ELLA.- Una vida atractiva ¿no?

ERNESTO.- Así le sobra tiempo para estar siempre "al loro" rondando el "ligue". Y no piensa que los demás tenemos obligaciones y no podemos estar siempre dispuestos para ir de juerga.

ELLA.- Pues tal como hoy se vive, Carlos no es tan extraordinario como lo presentas...

ERNESTO.- No he dicho que lo sea, sólo que somos... distintos.

(Se vuelve hacia el mueble y va hasta él, toma la botella y el vaso dispuesto a servirse, y como antes, en el momento de escanciar interrumpe la acción.)

ELLA.- (Coincidiendo con el movimiento de ERNESTO, va hasta el sillón donde volverá a sentarse. Cuando él interrumpe la acción de escanciar, sin mirarle.) ¿Sigue sin apetecerte?

ERNESTO.- Sí, no me apetece...

(Decidido guarda vaso y botella.)

ELLA.- ¿Seguimos nuestra charla?

ERNESTO.- (Insinuante.) ¡A falta de otra cosa mejor!...

(Vuelve a la silla y se sienta como antes.)

(Con marcada ironía.) ¡Qué!, ¿cómo va lo de los países árabes? Con eso lo estarás pasando en grande ¿no?

ELLA.- (Trascendente.) En absoluto. Sólo hay una cosa que me moleste más que una guerra. ¿Sabes qué es?... La carretera. Causa más bajas en un año el tránsito, que cualquiera de esas escenas bélicas que tanto entretienen a la Humanidad.

ERNESTO.- (Sarcástico.) Pero sin ti no habrían muertos en las carreteras ni en las guerras ¿no?

ELLA.- (Mirándole crítica.) ¿Sabes que parece

gilipollas?

ERNESTO.- (Sorprendido.) ¡Oye!...

ELLA.- Y eso a pesar de tu prensa diaria, los libros, telediarios y los "National Geographic"... ¿Pero cómo puedes llegar a la conclusión de que yo sea causante de esas bajas? ¿Soy yo quien organiza las guerras? ¿Soy yo quien vende el armamento? ¿Soy yo quien pisa el acelerador o construye mal las carreteras?... ¿Soy yo acaso quien te ha hecho resbalar en el cuarto de baño?

ERNESTO.- ¡Chica, pero qué seriamente te tomas el papel!

ELLA.- ¡Es que tú también has caído en los tópicos!

ERNESTO.- ¿Consideras vulgares mis expresiones?

ELLA.- No. Me molesta que des crédito a tanta tontería sin fundamento.

ERNESTO.- Mira. No hay ni un solo libro, obra o argumento en que aparezca la muerte, que no la sitúe precisamente junto a la bomba que estalla o ante el árbol donde se estrelló el coche... ¿Cómo entonces se puede pensar que sea de otro modo?

ELLA.- Lógico. La literatura la hacen los vivos. Una vez acabáis aquí y a no podéis contar nada, ni escribirlo, ni comunicar a nadie vuestra experiencia. ¡Ya no podéis influir en los medios!... Como prueba, ahí tienes el teléfono. Tú y a no has podido utilizarlo.

ERNESTO.- ¡Oye, oye, menos bromas, que alguna de las cosas que dices dan escalofríos! ¡Tú sí que has leído cantidad de cuentos macabros!...

ELLA.- (Con naturalidad.) Corrígeme si me equivoco. Cuando se levanta el auricular se cierra un conmutador que corta el tono, o el timbre en caso de llamada exterior, y se establece la comunicación hablada, ¿es así?

ERNESTO.- ¡Científico, tía!

ELLA.- Ese conmutador no actuó antes, no por avería en la línea, sino porque "tú y a no influyes" sobre el teléfono.

ERNESTO.- ¡Jóder, cualquiera algo menos impresionable que yo estaría sudando al escucharte! ¿Te dedicas al teatro o algo así?...

(Suena el timbre del teléfono.)

¡Vaya, qué oportuno!...

(Se levanta y va hasta el teléfono. Descuelga y se lo coloca al oído. El timbre continuará sonando sin alterar su ritmo hasta que se indique.)

¿Diga?... ¡Diga!...

(Francamente intranquilo cuelga el teléfono que sigue sonando. Vuelve a descolgar sin que cesen los timbrazos.)

¡Oiga!... **(Pulsa repetidamente la tecla.)** ¡Oiga!...

(Muy serio cuelga, y vuelve junto a la silla en silencio. Deja de sonar el timbre. A lo largo de toda esta acción ELLA ha estado mirándole inexpresivamente.)

(Tras una breve pausa.) No sé quién eres, ni a qué has venido ni qué pretendes... Sólo sé que no me gusta lo que estás haciendo.

¡Te ruego que te vayas!

ELLA.- (Con resignación.) No Matías, no puedo... Aún no. Debemos irnos juntos y todavía no es el momento.

ERNESTO.- (Con tono agrio.) Lo del teléfono es una avería. Inexplicable, pero avería, y a ti te ha venido de perlas para intentar dar consistencia a tu burla... Pero ya está bien. ¡Esto se ha acabado!

ELLA.- (Sin inmutarse.) Atiéndeme sólo un momento... Ese televisor. ¿Lo estabas viendo antes de tu caída?

ERNESTO.- (Impaciente.) Sí. Lo estaba viendo.

ELLA.- ¿Lo apagaste tú?

ERNESTO.- Sí. Lo apagué. ¡Qué pasa!

ELLA.- ¿Quieres volver a ponerlo en marcha?

(**ERNESTO duda un momento, mira a ELLA y decidido va hasta el televisor y lo enciende. El televisor no se pondrá en marcha. Insiste un par de veces y compone un gesto fatalista. Vuelve al centro de escena.**)

ELLA.- ¿Tienes explicación para eso?...

ERNESTO.- No. No tengo explicación... Y empiezo a pensar que me faltan explicaciones para muchas cosas.

ELLA.- (Sonriente.) ¡No te arrugues, hombre!... Si lo estabas haciendo muy bien...

ERNESTO.- (Desmoralizado.) Eso, ¿ahora cachondeo?...

ELLA.- Venga, siéntate. Serénate y sigamos nuestra charla. ¡O hablemos de otras cosas si te apetece! ¿no?

(**ERNESTO la mira sin saber qué decisión tomar. Al momento va hasta la silla y sin cambiarla de posición se sienta de cara al público, colocando el brazo izquierdo sobre el respaldo y mirando a ELLA directamente.**)

ERNESTO.- (Tras una pausa breve.) Te prometo que me están asaltando unos deseos incontenibles, de tomarte por el cuello y lanzarte por el hueco de la escalera.

ELLA.- Incontenibles no, ya que no lo has hecho.

ERNESTO.- Tal vez sea porque nunca me he atrevido a maltratar a una mujer... Y por otro lado... Reconozco que siento una curiosidad morbosa por saber en qué acaba todo esto.

ELLA.- No lo pienses ahora. ¡Anda, cuéntame cómo es tu vecina! ¿Os conocéis de mucho tiempo? ¿Tuviste algún romance con ella?

ERNESTO.- ¿Con Violeta? ¡Qué va!

ELLA.- ¿Se llama Violeta?

ERNESTO.- Sí, pero no la acompaña el nombre ¿sabes?

ELLA.- ¿No es físicamente agraciada?

ERNESTO.- ¿Agraciada?... Es paticorta, culibaja y cabezona.

ELLA.- (Riéndose abiertamente.) ¡Qué barbaridad! ¡Pues la has puesto guapa!...

ERNESTO.- (Contagiándose ríe también.) Te aseguro que no me lo he inventado... Es que la pobre es así.

ELLA.- ¿Y vive sola?

ERNESTO.- No, pero está casi siempre sola. Comparte casa con una prima que es azafata, pero que pasa más tiempo volando y en el extranjero que aquí.

ELLA.- ¿Y se parece a Violeta?

ERNESTO.- ¡Ni hablar, Elisa sí es estupenda! A ella sí he intentado ligarla.

ELLA.- ¿Y, nada?...

ERNESTO.- Nada. Pero confío en conseguirlo, no creas... Por eso consiento en servir de recadero entre su prima y su tía, que es la madre de Violeta a la que no conozco, pero que de haber sido hombre, seguro que le habría correspondido hacer la mili en Regulares.

ELLA.- (Divertida.) ¿Tan "así" es?

ERNESTO.- Más. Debió ser de las que bailaron en Belén.

ELLA.- No entiendo esa expresión pero imagino su intencionalidad.

ERNESTO.- Es de las que dicen "buenos días" y parece que te han insultado. Bueno, pues a todo eso, parece ser que Violeta se fue de la lengua diciéndole que yo me mostraba insistente con Elisa, y no veas cómo se puso la señora. Me llamó por teléfono y me recitó casi entero el *Diccionario Secreto* de Cela.

ELLA.- Seguro que le llegaría tu fama de libertino, y si su hija le hizo creer que estabas interesado en ella...

ERNESTO.- Si se lo hizo creer es que además de "imposible" es subnormal.

ELLA.- ¡Pobre chica! ¿No eres demasiado duro con ella? ¿Por qué los hombres rehusáis a las feas negándoles de

entrada las virtudes que puedan tener?

ERNESTO.- Los hombres no actuamos así. O al menos no todos, ni tan taxativamente... Pero lo que pasa es que si un alimento no entra por los ojos, lo más probable es que no llegue jamás a la boca.

ELLA.- O sea, prioridad absoluta al sentido de la vista...

ERNESTO.- Prioridad para el acercamiento. En el primer contacto. Por ejemplo, supongamos que tú fueras como Violeta.

ELLA.- ¿Cómo habrías actuado?

ERNESTO.- Me habría desecho de ti en tres minutos. Pero no eres Violeta. Tú eres bonita, de agradable aspecto, y de formas que sugieren promesa de contactos satisfactorios. Ante esa primera impresión eres aceptada. Además eres culta, hablas bien, y puedes sorprender con razonamientos interesantes, todo ello te convierte en apetecible... Lo otro, puede venir rodado.

ELLA.- (**Levantándose paseará con naturalidad.**) Y todo gracias al aspecto exterior. ¡Desgraciada entonces la que nazca fea! (**Pausa breve.**) No vayas a pensar que esa revelación es nueva para mí. Porque la conozco, me he presentado como me ves, pues como te dije, físicamente no existo, y así, ofrezco el aspecto que a cada uno le gustaría ver... A fin de cuentas no hago otra cosa que llevar a la práctica tu teoría de la prioridad para el acercamiento...

ERNESTO.- No olvides que te he hablado sólo de dos fases; primero el acercamiento, luego la aceptación... pero hay una tercera...

ELLA.- (**Señalando el sofá, sonriente.**) Y es, esa.

ERNESTO.- En efecto.

ELLA.- Fase a la que no puede llegar la fea...

ERNESTO.- Tampoco es eso... Hay feas que no resultan mal sobre un sofá, pero su principal desventaja es que mientras eso sólo ocurre con algunas, "todas las guapas quedan bien sobre él".

ELLA.- ¿Cómo se explica? ¿Esa última parte no es estrictamente física?

ERNESTO.- (**Levantándose.**) Me niego a filosofar sobre

el tema. Llegando a este punto abandono toda fórmula teórica en favor de la práctica. ¿Lo razonamos ahí?...
(Señala el sofá.)

ELLA.- (Mirándole seria.) Siento mucho que no quieras entender tu situación. ¿Por qué te esfuerzas en el rechazo? ¿No te he dado suficientes datos? ¿Es que necesitas más pruebas?

ERNESTO.- (Sonriente.) No te esfuerces. He descubierto tu juego.

(ELLA parece dudar por el aplomo de ERNESTO, y pensativa va hacia la izquierda haciendo mutis. ERNESTO va rápido al sillón, donde ELLA se dejó el bolso y tomándolo lo abre registrándolo. No encontrará nada. Confuso lo sacude invirtiéndolo sin que caiga nada de él.)

ELLA.- (Apareciendo en el mutis.) Por un momento me hiciste dudar.

ERNESTO.- (Dejando el bolso sobre el sillón va hasta el segundo término derecha. Desde allí señalando la salida, con voz firme, sin alzar el tono.) ¡Fuera! ¡Vete antes de que mi paciencia llegue al límite! No se puede llevar tan lejos una broma, que pudiendo haber sido graciosa la has hecho abominable... ¡Vete de una vez!

ELLA.- (Con tono sincero.) Lo lamento.

(Va sin prisa al sillón y recoge el bolso.)

(Mirándole abiertamente.) ¡Sólo una cosa, por favor!
(Señalando a la izquierda.) ¡Mira ahí dentro!

ERNESTO.- (Duda un momento. Después decidido.)
¡Bien!... ¿Y esfúmate mientras tanto!

(Va al mutis y sale. ELLA con calma va al centro del segundo término, se vuelve hacia el público y espera allí mirando a la izquierda. Entra ERNESTO deteniéndose al segundo paso. Como ausente mira a ELLA señalando dentro.)

ERNESTO.- Estoy ahí dentro junto a la bañera... En el suelo...

ELLA.- Habría querido evitártelo, pero no me has dejado otra opción.

ERNESTO.- (Confuso.) ¿Entonces... es verdad?

ELLA.- Todo.

ERNESTO.- (Pausa breve.) ¿Y qué va a pasar?

ELLA.- Nada. Ya no va a pasar nada.

ERNESTO.- (Va al sofá y se sienta en una posición semifetal, con la cabeza entre sus manos y apoyando los codos sobre los muslos.) ¿Y por qué ha tenido que ser así?

ELLA.- Lo importante es que ocurre. El cómo es anecdótico... La otra vez, el cómo fue traumático y en cambio regresaste. Ahora el cómo ha sido simple pero se ha consumado en su tiempo exacto.

ERNESTO.- No te entiendo, ¿qué quieres decir?

ELLA.- Nunca el final es instantáneo. Aunque a veces lo parezca, hay un espacio de tiempo en que el hecho es reversible... Salvo en casos extremos de destroz corporal, una ayuda inteligente oportunamente aplicada puede volver las cosas al estado anterior. Cuando así ocurre, siempre se me recuerda... ¿No era ese tu caso?

ERNESTO.- Así, ¿tú siempre estás junto a la víctima?

ELLA.- Desde el instante en que ocurre hasta que llega el final. Y en ese momento; nos vamos.

ERNESTO.- ¡Ya! Como un ave carroñera sobre los despojos...

ELLA.- ¿Por qué insistes en ser desagradable?

ERNESTO.- ¿Y tú me preguntas eso?

ELLA.- ¿Cuál crees que es mi papel?... Yo no ocasiono la marcha... "Os ayudo" a salir cuando ésta se produce.

ERNESTO.- (Pausa breve.) ¿Y dónde me has de llevar?

ELLA.- Fuera del espacio y del tiempo. A ningún sitio. Donde se deja de ser... Donde nadie es.

ERNESTO.- ¡Qué complicado resulta todo!...

ELLA.- No lo creas.

ERNESTO.- ¿Y...cuándo será?

ELLA.- En su momento, no te preocupes.

(Se acerca y le tiende la mano.)

¿Quieres tomármela ahora?

ERNESTO.- **(Le toma la mano con algo de aprensión, pero ésta cede, y la mantiene sujeta un momento.)** ¡Ya no estás fría!...

ELLA.- **(Con una sonrisa agradable.)** Nuestra temperatura se ha nivelado. Ya es el momento... ¿Vamos?

ERNESTO.- **(Con un gesto de resignación se levanta mostrando una sonrisa apagada.)** Si no hay más remedio...

(Con delicadeza, ELLA se le cuelga del brazo y sin prisa hacen ambos mutis por la derecha. Un paso antes de que desaparezcan suena el timbre del teléfono, y el televisor se pone en marcha. Tres segundos después, las notas del "Carmina Burana" acompañan al telón.)

FIN DE LA OBRA